

Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia.¹

Por: Jorge Orlando Melo

1. Muchas revistas culturales. El periódico y la revista son un fenómeno del siglo XVIII que se extiende rápidamente por el mundo entero. En ese mismo siglo aparecen los periódicos en la América Española y en Colombia, y ya para 1830 el furor editorial era tan grande en Colombia que los empresarios neogranadinos que buscaban negocios prometedores pensaron que una fábrica de papel era una buena perspectiva.²

La política colombiana desde 1819 a mediados del siglo XX se hace en los periódicos, y muchos de los grandes políticos debieron su poder no a la riqueza o la familia, sino a los periódicos en los que lograron su fama de intelectuales, escritores y políticos. Manuel Murillo Toro, Santiago Pérez, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez son un ejemplo de políticos que hicieron su fama como periodistas o intelectuales o gramáticos; a comienzos del siglo XX llegan a la presidencia Carlos E. Restrepo, Marco Fidel Suárez y José Vicente Concha, Enrique Olaya Herrera, Eduardo Santos, Laureano Gómez y Belisario Betancur, con experiencia como periodistas, libreros, bibliotecarios y editores de revistas. Hasta Pedro Nel Ospina, paradigma de empresarios, sacó revistas literarias y escribió cuentos y ensayos.

Los periódicos y revistas culturales comienzan al menos desde 1836, cuando aparece *La Estrella Nacional*, y hay años en los que en Bogotá, fuera de los periódicos políticos, religiosos y comerciales, salen 3 o 4 semanarios literarios. En Medellín, entre 1880 y 1910 –y hay que recordar que era un pueblito de 40.000 habitantes– salen por lo menos 12 revistas o periódicos culturales, incluyendo tres que pensaban que había público para revistas cuyo objetivo principal era imprimir partituras para piano.

¹ Para hacer este panorama, muy general, no tuve en cuenta en mis referencias las revistas universitarias de historia de la literatura o crítica literaria académica, ni las publicaciones de los últimos años, ni las que circulan solo en Internet.

² Las referencias básicas para la historia del periodismo en Colombia son Gustavo Otero Muñoz, *Historia del Periodismo en Colombia*, Bogotá, 1936, Tarsicio Higuera, *La imprenta en Colombia*, Bogotá, 1970. Antonio Cacia Prada, *Historia del Periodismo en Colombia*, Bogotá, 1983, María Teresa Uribe de H y Jesús María Álvarez Gaviria, *Cien años de prensa en Colombia, 1840-1940*. Medellín, 2002, María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia, 1814-1960, Del chibalete a la rotativa*, Medellín, 2006 y Maryluz Vallejo, *A plomo herido: una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*, Bogotá : Planeta, 2006. *El Boletín Cultural y Bibliográfico* hizo una buena serie de artículos sobre revistas del siglo XIX y XX

Al lado de la revista cultural o literaria existe desde temprano la página literaria de los periódicos generales. El *Neogranadino*, de Manuel Ancizar, en 1848, El Porvenir en 1859 y *La América* en 1873, de José María Quijano Otero, publicaron un semanario literario especial. Otros periódicos generales, como *El Tiempo*, de José María Samper y Manuel Ancizar, daban espacio a la poesía o a los cuadros de costumbres.

El periódico es también, en buena parte del siglo XIX, la forma más eficaz de divulgar novelas de autores extranjeros o nacionales, siguiendo el modelo francés del folletín. Ya en 1841, una fecha muy temprana, *El Cóndor* publicó por entregas *María Dolores o la historia de mi casamiento*, de José Joaquín Ortiz.

Todas estas revistas pueden hacer creer que Bogotá era la Atenas suramericana, como la llamaron Elisée Réclus y Miguel Cané, y que Medellín competía con ella en niveles culturales. Pero realmente la situación era otra. Los editores de revistas culturales trataban de crear lo que existía solo en grado muy pequeño: un público, un sistema de acceso, un espacio cultural creativo.

El público potencial –los que saben leer y escribir y han pasado por una escuela secundaria o universitaria– son muy pocos: la expansión de la secundaria y la universidad es un fenómeno de 1960 a 1990. Y ese público no recibe una educación que promueva el amor por las artes o la literatura. La escuela es para aprender a leer y hacer cuentas, la universidad es para ser profesional.

Las instituciones culturales son pobres: en la universidad la ambición científica o humanística es excepcional. Los humanistas, intelectuales y eruditos son autodidactas. Se leen sobre todo publicaciones extranjeras, pero pocas, sin librerías que permitan a nadie mantenerse al día. El mundo editorial local es artesanal: los autores publican sus libros, sin esperanza de recobrar los costos. No hay una rutina de crítica y debate público.

Por eso, los jóvenes que descubren la literatura hacen sus revistas con cierto aire de cruzada: van a abrir un nuevo campo espiritual, en una sociedad en la que lo único que importa es la política o hacer dinero. Y la revista es una herramienta que puede hacer muchas cosas, pero sobre todo dos. Promover un ideal cultural, el de la civilización, que incluye el orden republicano, el progreso económico y el avance espiritual. Y dar una oportunidad a los escritores para que sus productos lleguen al naciente público. La revista sirve para publicar, porque publicar un libro es muy difícil, y sirve para divulgar y convencer. Y por eso, oscilan entre las revistas con una meta precisa y las que son ante todo una vitrina de escritores; las que impulsan una visión propia de la sociedad y las que confían en que el sólo hecho de poder entregar sus creaciones al público ayude a desarrollar la civilización.

1. En América Latina pasa algo similar, casi siempre un poco antes³. Los escritores publican sus revistas: José María Heredia dirige *El Iris* en 1826 en México, J. B. Alberdi, con Miguel Cané, *La Moda* de Buenos Aires en 1837: forjan el lenguaje del romanticismo que llegará a la Nueva Granada un poco después. En Chile el *Museo de Ambas Américas*, dirigido por el colombiano Juan García del Río en 1842, participa en los debates intelectuales sobre civilización y barbarie, sobre autoritarismo y democracia. *El Renacimiento* (1869) impulsa en Méjico el entusiasmo de "la juventud estudiosa" por la literatura, por encima de divergencias políticas. La *Revista Cubana* (1885-1894) de Enrique José Varona refuerza el nacionalismo y el modernismo en Cuba. En Venezuela, el modernismo se promueve en *El Cojo Ilustrado*, (1892-1915) una revista que usa las nuevas técnicas de grabado, como lo hizo el *Papel Periódico Ilustrado* a partir de 1880 en Bogotá. Los suplementos literarios son tempranos en la Argentina (*La Nación*, en 1870, por ejemplo) y uno de ellos, *La revista azul*, (1894) adjunto a *El Partido Liberal*, de Manuel Gutiérrez Nájera, es el portavoz de la inflexión hacia el modernismo.

El siglo XX está marcado también por varias olas de publicaciones periódicas. En la primera mitad del siglo las vanguardias literarias se agrupan alrededor de revistas. Pueden recordarse las revistas en las que Jorge Luis Borges promovió su renovación ultraísta en Buenos Aires: *Nosotros*, *Prisma*, *Proa* y *Martín Fierro*, en los años 20. O las que descubrieron al pueblo latinoamericano como parte de un proyecto socialista, como *Amauta*, de José Carlos Mariátegui (1926-1930). De 1890 a 1930 los intelectuales latinoamericanos se comunican por medio de sus revistas: son años de mucho peregrinaje intelectual, de mucho intercambio de publicaciones, de mucho elogio mutuo y de encendidas polémicas. Alberto Lleras y Baldomero Sanín Cano viven y escriben en Buenos Aires, Porfirio Barba Jacob en México, José María Vargas Vila en Cuba o España. En los años veinte y treinta el mundo de Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Jorge Manach, Germán Arciniegas, Pablo Neruda tiene canales de comunicación relativamente amplios, y después otras publicaciones siguieron expresando esa voluntad de contacto internacional. *Sur* (1931), dirigida por Victoria Ocampo, sirve de enlace a los escritores latinoamericanos durante más de tres décadas: allí publicaron Octavio Paz o Jorge Gaitán Durán. En 1942 *Cuadernos Americanos*, publicado en México, bajo la orientación de Jesús Silva Herzog, se convierte en el canal más importante de intercambio cultural de la región: su énfasis es algo más social y político que *Sur*, lo que corresponde a las preocupaciones de la postguerra. Al lado de esta revista circulaban otras que daban más énfasis a las letras, como la *Revista Mexicana de Literatura*,

³ Boyd G. Carter, *Historia de la Literatura Hispanoamericana a través de sus revistas*, México, 1968; John E Englekirk, "La literatura y la revista literaria en Hispanoamérica", *Revista Iberoamericana*, 51, 52, 53 y 58 (1961-1963)

Vuelta, de Octavio Paz, que combina el debate político con el literario, o *Nexos*, o *Nivel*, la revista dirigida por Germán Pardo García y Carlos Pellicer.

En Colombia mostraron su voluntad internacional la *Revista de las Indias*, que en 1938 hizo un comité en el que aparecían escritores de varios países, como el español Luis de Zulueta o el ecuatoriano Benjamín Carrión, y publicó muchos artículos de autores extranjeros como Alfonso Reyes; o *Mito*, en cuyo comité editorial aparecían Vicente Aleixandre, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade, León de Greiff, Octavio Paz y Alfonso Reyes.

Desde fines del siglo XIX, las revistas literarias tienden a insistir en la ruptura con la tradición y en el esfuerzo por incorporar la región a la literatura universal. Mallarme, Rimbaud, Baudelaire, los novelistas rusos, el naturalismo de Zola se promueven en los últimos años del siglo XIX contra el costumbrismo o el clasicismo español. En los años veintes las revistas de Buenos Aires o Bogotá publican o debaten a Joyce, Apollinaire, Breton, Ezra Pound. En los treinta y cuarenta se descubrirá a Proust, Kafka, Virginia Woolf, Eliot, Saint John Perse, Sartre, Gramsci y Camus, Beckett, Faulkner y Steinbeck. Son pocos los defensores de la tradición, refugiados en revistas conservadoras o católicas, casi siempre ridiculizados por los jóvenes intelectuales.

2. Los grandes modelos internacionales. La revista cultural aparece en el siglo XVIII, y los primeros ejemplos son ingleses: *Spectator*, de Joseph Addison (1711-1712) o el *Literary Magazine*, de Samuel Johnson (1856). Don Andrés Bello, publicó en Londres la *Biblioteca Americana* (1823), y *El Repertorio Americano* (1826-1827), que inspiraron esfuerzos similares a mucho editor latinoamericano. En el siglo XIX se imitaron esas revistas, así como los periódicos franceses que publicaban folletines literarios en la década de 1840 y 1850. A fines de siglo las revistas ilustradas, como la *London Illustrated Review* o *L'Illustration* sirvieron como modelo del *Papel Periódico Ilustrado* y *Colombia Ilustrada*. La *Revista de las Indias*, de 1938, puede aproximarse a la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, y *Mito*, a mediados de siglo XX, sigue la inspiración tipográfica de las revistas parisinas en letras rojas y negras sobre fondo blanco que definían a la *Nouvelle Revue Francaise* y sobre todo a *Les Temps Moderns*, la revista de Jean Paul Sartre. Y en años recientes, el *New Yorker* asoma detrás de *El Malpensante*. Nadie ha logrado imitar en Colombia, desafortunadamente, el *New York Review of Books*, aunque ya existe un clon latinoamericano, la *Primera Revista Latinoamericana de Libros*. Tampoco existe algo como *Granta*.

La elección de un diseño es en la mayoría de los casos consecuencia de unos propósitos, un objetivo de la publicación, una concepción intelectual. Y este objetivo sigue con frecuencia, pero desde más lejos, los ejemplos extranjeros: los motivos locales son en este caso muy importantes.

3. ¿Para qué hacer una revista cultural? En 1907 el general Rafael Uribe Uribe, que había publicado varios periódicos y había gastado mucho

tiempo escribiendo un diccionario de modismos antioqueños, y por lo tanto no puede ser visto como un enemigo de las letras, le recomendó a varios amigos de Manizales que querían sacar una revista llamada *Albores*: "dejen la revista, dejen la literatura, y tomen otro oficio". Fuera de que el nombre escogido debió hacerle sospechar que la calidad no iba a ser muy grande, debía tener en cuenta lo que todos los editores de revistas desde 1836 a hoy han descubierto: que el esfuerzo era grande y los resultados limitados. Las revistas culturales, con contadas excepciones, no son un buen negocio, no tienen muchos lectores, no tienen mucho reconocimiento. A pesar de esto, entre 1880 y 1910 Colombia vive un furor cultural. Ciudades que hoy consideraríamos minúsculas sacan decenas de revistas y periódicos culturales, y se gasta en ellos mucha energía y mucha plata. Después de unos años, los grupos educados que las habían impulsado empezaban a pensar, como lo muestra Rafael Uribe Uribe, que quizás para el país era más conveniente que ellos, los hijos de buenas familias que habían ido a la universidad, se dedicaran a abrir almacenes y fundar empresas productivas, que ayudaran a que el país progresara.

En el siglo XIX las revistas culturales se hacen con la idea de que el país gasta mucha energía en debates políticos, que no sirven para nada, y por eso nadie tiene interés en la literatura y las artes. Los jóvenes cultos sienten que su misión es propagar el amor por la literatura, para superar el interés por la política, y están dispuestos a sacrificarse para hacerlo. Saben que no hay un público educado, y por lo tanto tendrán que esforzarse por crearlo, que no existen empresas editoriales, y por lo tanto hacer una revista es un esfuerzo artesanal en el que unos amigos ponen dinero y unos artículos, y buscan un impresor-editor que, en algunos casos, asume algo del esfuerzo y del costo. A veces, es verdad, es el editor-impresor el que se lanza al esfuerzo, y publica, como José Joaquín Borda o Nicolás Pontón o Juan José Molina, revistas que duran 2 o 3 años, sacan 50 o 100 números, y se abandonan, por falta de lectores o por problemas de dinero.

Algunas revistas impulsan un proyecto literario de grupo. *El Mosaico* quiere desarrollar la literatura local alrededor del cuadro de costumbre. La *Revista Gris*, de Max Grillo promueve el modernismo en 1893, lo mismo que *Contemporánea*, de Baldomero Sanín Cano en 1903. *Panida* en 1915 es una revista generacional desafiante y rebelde, y lo mismo *Los Nuevos* en 1925, que aunque no publica mucho logra que el nombre quede para la generación literaria que llega a la vida adulta en esos años. *Mito*, que aparece en 1955 bajo la dirección de Jorge Gaitán Durán, reúne los jóvenes formados en el ambiente cultural de la postguerra, influidos por el existencialismo francés, el psicoanálisis y el marxismo, en dosis homeopáticas este último, acompañados por una exigencia de calidad literaria, de profesionalismo, y de comprensión de la realidad nacional. Vistas a distancia, sólo *El Mosaico* y *Mito* lograron publicar textos de alta calidad por un período largo. En *El Mosaico* se reunió la primera

generación romántica y costumbrista, el primer grupo de novelistas colombianos: allí estuvieron Eugenio Díaz y Jorge Isaacs, y autores menores costumbristas pero hábiles como José David Guarín o Ricardo Carrasquilla. El equipo editorial de *Mito* tenía una formación cultural exigente y los mejores escritores de su generación, como Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis, entregaron sus manuscritos a esta revista. A veces el proyecto cultural o literario se identifica con claridad con el editor: quizás el caso más extremo es el de *Argumentos* (1981-), una revista de filosofía y crítica cultural, desigual pero que publicó excelentes artículos, impulsada por Rubén Jaramillo Vélez, que refleja claramente sus preocupaciones personales.

Un proyecto interesante fue el de *Eco* (1960-), una publicación que se define como "revista de la cultura de occidente". Al comienzo esto quería decir sobre todo traducir los textos de los filósofos, eruditos y humanistas alemanes. Pero después de un tiempo el tema latinoamericano irrumpe: la novela de esos años del boom tiene una fuerza que lleva a los editores a transformar su énfasis y la revista, sin hacerlo explícito, se vuelca hacia Hispanoamérica. Hernando Valencia Goelkel vigila la calidad, pero probablemente no sigue un plan; Ernesto Volkening se preocupa por encontrar la relación entre esta periferia y el núcleo inasible de Occidente. Textos como "La Antítesis Obrera" de Italo Calvino, o "La periferia europea" de Hans Magnus Enzensberger son ejemplo de preocupaciones europeas que en cierto modo responden a los mismos problemas: ¿qué es la cultura de occidente, qué pasa en Europa, qué pasa en los Estados Unidos, qué pasa en la América Latina? Entre 1972 y 1984 la revista estuvo orientada por Juan Gustavo Cobo Borda: fueron, como señala J. E. Jaramillo, años sin sosiego, centrados en Latinoamérica, con literatura y ensayo de grandes escritores, pero sin dejar de lado los textos europeos. Pero quizás no tuvo un impacto que estuviera al nivel de su calidad habitualmente alta porque, fuera de la obsesión original por "occidente", fue más un ámbito abierto para la publicación de material de calidad, un poco al margen de los debates, irritantes pero creativos, en los que estaban metidos la mayoría de los escritores latinoamericanos. Aunque allí publicaran Jorge Zalamea y García Márquez, Angel Rama y Onetti, las discusiones que agotaban a los escritores de la región, y que tenían una perspectiva política que la revista eludía, solo llegaban un poco tardía y elípticamente.

Otras revistas buscaron ante todo ofrecer un sitio para publicar, reunir textos literarios, extranjeros o locales. No tenían un programa definido, y su impacto fue más reducido, a menos que un autor significativo las alimentara. Las revistas antioqueñas de fin de siglo XIX –*La Bohemia Alegre*, que publica algunos de los textos más importantes de Carrasquilla; el *Montañés*, el *Repertorio*– se destacan por ofrecer salida a una producción narrativa abundante y de calidad. Los une cierto regionalismo temático, la idea de que

hay que retratar la región y usar el idioma local, pero quieren estar metidos en la cultura universal, y se sienten mejor preparados para eso que los escritores de la capital del país, a los que tienden a ver como escritores que fingen sus experiencias, imitadores de modas extranjeras. *Alpha* es la revista literaria más llamativa en estos años: publica cuentos y novelas y paga a sus autores, lo que es bastante excepcional.

En el siglo XX crece el papel de la revista cultural institucional. *Senderos*, de la Biblioteca Nacional, la *Revista de las Indias* (1938-), *Bolívar* (1951.), la *Gaceta de Colcultura* (1985) son todas publicaciones dependientes de la oficina cultural del gobierno nacional. Representan en general formas de cultura oficial: las dos primeras son voceros del proyecto liberal, modernizador, que busca descubrir la cultura popular al tiempo que divulga la alta cultura universal. Su calidad fue elevada, trataron de establecer lazos estrechos con América Latina, y en ellas tuvieron amplio espacio la historia colombiana, el estudio de las culturas indígenas o la crítica sistemática y permanente de las exposiciones artísticas. *Bolívar* es vocera de gobiernos que se definen como católicos, bolivarianos, tradicionalistas e hispanistas: el cierre a amplias vertientes de la literatura contemporánea acaba dándole cierto aire moralista que le quita energía. La *Gaceta* es un tipo de publicación ideológicamente más neutral, orientada por personas con amplia cultura literaria, pero que no puede evitar un tono institucional y un lenguaje lleno de lo que Hernando Valencia Goelkel llamaba unesquismos, esos términos inventados en las reuniones patrocinadas por la Unesco. Sus mejores aportes son patrimoniales: registrar y recordar procesos, revistas, autores olvidados.

También es institucional el *Boletín Cultural y Bibliográfico* (1958-) de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Después de 1984 cambió su formato, y a partir de ese momento, hizo un esfuerzo, en parte logrado, en parte frustrado, para desarrollar un estilo de crítica de libros que fuera firme y crítico, pero respetuoso, que debatiera las obras, su calidad y sus argumentos, y no a los autores, y que diera una buena información sobre los libros mencionados. Impulsó las publicaciones de materiales de calidad sobre la historia y la cultura de Colombia, pero puso mucho énfasis en la historia cultural, del libro, la lectura y las revistas –publicó una larga serie de artículos sobre historia de las revistas colombianas–.

Y por supuesto, la revista institucional por excelencia es la revista universitaria. Son un grupo difícil, pues reflejan equilibrios y consensos internos, que hacen difícil evitar textos de mala calidad o de poco interés. Ya en el siglo XIX la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional tuvieron sus revistas, con textos amplios y ambiciosos sobre el país. En 1935 la publicación de la Universidad de Antioquia recomienza su numeración y se llama *Revista de la Universidad de Antioquia*. Ha tenido momentos memorables y épocas opacas. Gonzalo Arango le hizo fuerza en los años

cincuenta, y en la última década ha logrado ser, milagrosamente, una revista cultural importante. Después de la *Revista Javeriana*, que es de 1933, es la revista activa más antigua del país. Por su parte la Universidad Nacional, fuera de los *Anales* del siglo XIX, ha logrado sacar 3 veces, si las cuentas no me fallan, volviendo a comenzar la numeración desde uno como si lo hecho antes debiera borrarse, la *Revista de la Universidad Nacional*, desde que Gerardo Molina la creó en 1944, atenta más a temas sociales colombianos que literarios. A partir de 1950 se vuelve casi confesional y anodina. Volvió al número 1 en 1969, con un proyecto similar de atención a la historia y la sociedad colombianas, y recommenzó otra vez en 1985, esta vez más filosófica y literaria. En general, son raros los momentos en que una revista universitaria vale la pena de leerse: oscilan entre el mosaico de textos incongruentes y breves momentos en los que expresan un proyecto oficial, a veces llamativo y ambicioso, que normalmente no dura. Y no tienen ojo para la literatura ni pulso para la discusión de temas sociales y políticos: son como revistas sin editor.

4. **Quien edita las revistas.** Una de las debilidades del tipo de revistas colombianas es la poca energía del editor. Cuando la revista es institucional, solo dura y perdura el editor relativamente gris y poco polémico. Los editores memorables lo son, más que por los debates que animaron o su capacidad de establecer unos niveles altos de calidad en la escritura, por su capacidad de atraer un grupo significativo de autores, por su infatigable energía –José Joaquín Borda, Germán Arciniegas, Juan José Molina, Juan Gustavo Cobo Borda- o por razones estéticas. Las *Hojas de Cultura Popular Colombiana*, dirigidas por Jorge Luis Arango, son recordadas por las reproducciones de las acuarelas de la expedición corográfica, o por la coquetería con la que se publicaban, en formato igual a la carta original, las decenas de misivas de agradecimiento y elogio que los escritores de fuera del país mandaban a su editor. Y formato igual era a veces un papel de la misma textura y color, una tinta igual a la del manuscrito. Pero nadie recuerda lo que decían esas cartas. Uno esperaría que los editores que son dueños de la revista fueran particularmente exigentes, pero la tradición colombiana no recuerda grandes editores: gente que se atreva a corregir la redacción de lo que publica, que devuelva textos a los autores reconocidos para que los mejoren. Lo que se cuenta de los editores del *New Yorker*, o de *Granta* –que le devolvían los textos llenos de revisiones a escritores de renombre mundial- parece inaceptable en Colombia. Por eso, un buen editor es más bien el que logra definir algunos temas y atraer colaboradores de calidad, pero sin interferir con el estilo de los colaboradores. Falta así uno de los mejores mecanismos de formación de los escritores en otros países y una vacuna contra el mal actual, en el que muchas revistas se llenan de textos escritos en un español enfermo, pretencioso y vacuo.

5. **Como pagar las revistas.** Las revistas tienen un tiraje de unos cuantos centenares de ejemplares, que se venden a suscriptores o en agencias en las principales ciudades del país. Con cierta frecuencia una revista cierra y dice que debe su fracaso a la abundante falange de "gorristas, compuesta de esos mil parásitos de la especie humana, que viven de lo ajeno" (*El Oasis*), que leen sin pagar, o a que los agentes e intermediarios se guardan la plata y se demoran para mandarla. Es probable que algunas revistas se hubieran sostenido más o menos pobremente con la suma de los aportes de sus promotores, los ingresos por ventas y la página de anuncios que tratan de llenar, pero probablemente la mayoría de ellas se cerraron porque sus pérdidas exigían nuevos aportes de los literatos, y además indicaban que el público no estaba maduro y no comprendía el valor y calidad de lo que se le estaba ofreciendo. En el siglo XX uno podría hablar de tres grandes tipos de revistas, desde el punto de vista de su financiación: a) La revista creada y sostenida en buena parte por un grupo de intelectuales entre los que hay alguno más o menos rico, que saca fondos de sus otros ingresos para mantener viva la revista. *Mito*, de Jorge Gaitán Durán, es un buen ejemplo. El caso del *Malpensante*, aunque incluye un editor mecenas, Andrés Hoyos, se distingue por algo raro en las revistas culturales, y es el manejo empresarial creativo y eficaz, que ha logrado una circulación muy alta y seguramente ha reducido las que habrían podido ser pérdidas inmensas. Un caso intermedio es *Alpha*, la revista de los escritores de Medellín a comienzos de siglo, que estaba vinculada a la librería de Carlos E. Restrepo y a otros empresarios ricos de la ciudad como Manuel y Pedro Nel Ospina Vásquez. Carlos E. Restrepo, que antes de ser presidente fue librero, que había fundado el *Montañés* con Carrasquilla, y había impulsado tres o cuatro revistas culturales más, y era un empresario capitalista, creía que había que pagar a los autores. Carrasquilla quedó tan envenado –o corrupto, dirían algunos- que cuando le preguntaron porque escribía, dijo que únicamente porque le pagaban. Algunas otras revistas dependieron del apoyo de editores o librereros, como *Eco*, publicada por la Librería Buchholz. b) Los suplementos literarios, que hacen parte de un periódico y están asumidos por este. Aquí por lo menos hay un periodista al que le pagan, el director o editor, pero normalmente en todo el siglo XIX y hasta las últimas décadas del siglo XX el medio consideraba que publicar era un honor o un favor que se hacía al escritor, y solo pagaban en casos excepcionales. Algunos editores mostraban por lo menos un ojo fino para aceptar las publicaciones de voluntarios desconocidos: Eduardo Zalamea Borda, en *El Espectador*, es un ejemplo siempre recordado. c) la revista heroicamente sostenida por un editor, que recorre oficinas públicas, mecenas, amigos y editores para tratar de reunir los fondos con los cuales publicará su revista. La mayoría son un desastre, y la energía que se gasta en sostenerlas parece restarse a la que debería darse a su publicación, pero algunas logran

cierta decencia respetable, sobre todo cuando la obsesión del editor es recoger lo que publican sus colegas en algún campo literario. d) La revista institucional, a la que ya me referí antes. Sus editores sufren con frecuencia por la falta de continuidad y el carácter errático de los proyectos oficiales o universitarios, sobre todo cuando se trata de revistas culturales generales, pero a veces encuentran el filón dorado que les permite sobrevivir durante años, crear una revista con un perfil reconocible que atrae lectores y colaboradores o publicar una sucesión de revistas que pocos leen pero en las que se anima la vanidad institucional.

6. **¿Cuál es el público?** Hasta mediados del siglo XIX, la población alfabetizada que ha pasado por un colegio secundario o una universidad, es decir el público que puede esperarse que se interese por la literatura y logre disfrutarla, es muy pequeña. Y por supuesto la mayoría de esos profesionales, comerciantes, agricultores ricos, no tiene mucho interés por estos temas. Un público lógico son los jóvenes, a los que se dirigen casi todos los editores del siglo XIX, o que hablan en nombre propio en muchos proyectos del siglo XX. Otro de los sueños obvios de los editores es capturar la atención de un grupo que puede tener tiempo y sensibilidad para las cosas del espíritu: las mujeres. Por eso, buena parte de las publicaciones culturales del siglo XIX son específicamente para damas: *La biblioteca de señoritas*, *El Oasis*, *El Album*. Y esto establece algunas restricciones: en la cultura de la época las mujeres no deben enterarse, al menos por escrito, de muchas cosas. De modo que estas publicaciones anuncian con gran orgullo que atenderán al "generoso y noble bello sexo, por naturaleza y por instinto, y sensible hasta el delirio". (1868, *La Aurora*) y que cuidarán su virtud, "procurando que su estilo sea tan decente que la virgen más pudorosa pueda leerlo sin experimentar el más leve sonrojo" (*El Oasis*, 1868). Al fracasar, las revistas alegan que no ha llegado el tiempo. "Hai en Antioquia un filón literario que si no puede explotarse ahora por falta de capital, lo será más tarde con provecho, cuando la instrucción se haya generalizado lo bastante" (1868, *El Oasis*). El crecimiento del público de la primera ola de alfabetización lo aprovechan los periódicos, y es la época de oro de los suplementos literarios (1915-1960), y la segunda mitad del siglo XX es la época de las revistas estables: *Mito*, *Eco*, *Boletín Cultural* y *Bibliográfico*, *Malpensante*, *Número*.

7. **Algunas tareas de las revistas.** Son muchas las funciones que sus editores le atribuyen a las revistas culturales. Las colombianas han servido para publicar decenas de miles de poemas, miles de cuentos, centenares de novelas. Han tenido bastante éxito las revistas dedicadas exclusivamente a la poesía (*Acuarimántima*, *Golpe de Dados*) y las dedicadas al cuento o la novela breve (*La novela semanal*, *El Cuento*, *Odradek*). Mientras que sobreviven las de poesía, el cuento no encuentra fácilmente espacio en las revistas: quedó

para antologías y volúmenes que recogen la obra de uno o varios autores, con excepción de *Odradek*.

Fuera de publicar obras de creación, mucha revista tiene más bien un objetivo crítico: orientar al público acerca de los productos de la cultura. No he tenido en cuenta en este inventario las revistas con contenido más especializado: las dedicadas a la crítica de radio, teatro o cine, ni a las especializadas en asuntos artísticos: su foco más preciso ayuda sin duda a su supervivencia, como lo muestran *Kinetoscopio* o *Arte en Colombia*. Las que se dedican a la crítica literaria como tema dominante no han sido muy exitosas. Desde hace algunos años se han intentado crear revistas de crítica de libros, con resultados variables. Pueden recordarse *Libros Colombianos* (1961-) *Libros* (1977-1983); *Libros y Letras* (1987-), *Hojas de Lectura*, 1989-2002 y *Pie de Página* (2004-) Muchas revistas han tenido como meta acercar la cultura internacional al país. En el siglo XIX las revistas colombianas reproducían artículos de escritores españoles o traducían poemas, cuentos y novelas de autores franceses o ingleses. Los suplementos culturales del siglo XX siguieron con esa tradición, aunque casi siempre la selección de lo que se traducía era algo casual y dependía más de la buena voluntad y el interés de algún escritor que de un programa editorial. *Crítica* tradujo a Camus, a Faulkner, a Saint John Perse. *Mito* dio parte importante de su espacio a traducciones, usualmente muy cuidadosas, de textos literarios y filosóficos, seleccionados de acuerdo con su visión de lo que era la cultura comprometida y exigente que propugnaba. El suplemento literario de *El Siglo*, en 1958 y 1959, tradujo mucho texto de Brecht o sobre teatro, y mucho material de la cultura alemana de izquierda de la postguerra. *Eco* fue, sobre todo en sus primeros años, ante todo una revista de traducciones, que recogía lo que sus orientadores sentían como el núcleo germánico de la cultura de Occidente. Algo ha cambiado la geografía de la cultura mundial: el mundo editorial, sobre todo en España, Méjico y Argentina, ofrece hoy traducciones rápidas, y sin la censura ni las tergiversaciones que fueron frecuentes bajo el franquismo. La urgencia de traducir de las publicaciones culturales parece haberse frenado, incluso en áreas como el de la poesía.

8. El pulso de los editores. La sensación final que tengo, al revisar este universo más o menos ilimitado y más o menos flexible, es que las revistas exitosas surgen de una combinación milagrosa de pasión y disciplina. Ninguna publicación logra un perfil adecuado, un reconocimiento de sus lectores, si estos no sienten que hay algo serio que quiere hacer: promover un estilo de literatura, discutir los problemas de la cultura latinoamericana, preguntarse por los elementos de la cultura nacional. La revista más o menos bien intencionada, que publica textos de calidad aceptable pero heterogéneos, la buena antología, acaba leída ante todo por los profesionales de la literatura o la cultura, pero no atrae al público. Por supuesto, los problemas que apasionen

tienen que tener eco en el mundo de los lectores: la mayoría de los problemas que se plantean hoy los antropólogos, los historiadores aficionados a los estudios culturales o los críticos literarios son demasiado etéreos y sublimados, demasiado profesionales para interesar a los lectores de la literatura. El mismo ejemplo que puse, preguntarse por los elementos de la cultura nacional, probablemente provocaría el hastío del público, a menos que un editor fuera capaz de convertirlo en cuestiones vivas para sus colaboradores. Pero el otro aspecto es que las publicaciones tienen que tener hoy un profesionalismo, una calidad, que no es fácil de lograr. De todas las revistas generales universitarias, la única que me parece consistentemente bien hecha es la de la *Universidad de Antioquia*. ¿Qué pasa en las demás? Que se publican materiales que espantan al lector por su irrelevancia, por la jerga en que están escritos, por la pobreza literaria de los textos. *El Malpensante* logra un público amplio y exigente, que siente que sus colaboradores se preguntan por los problemas de la cultura actual –la interacción entre el texto literario y el mundo audiovisual o electrónico, los problemas de la cultura erudita y la cultura de medios, la posibilidad de describir lo que pasa en el mundo actual con suficiente complejidad y riqueza expresiva, la inquietud ante la maquinaria de lugares comunes que impone el pensamiento normal. Hay cierta comunidad inquieta entre escritores y lectores. A *Número* lo mantiene vivo cierta tensión entre una utopía social que ya no logra definirse y el desencanto con el país. Aunque a veces produce retórica previsible, muchas veces logra ir más allá y darle el necesario mazazo al lector. Creo que lo que hay, en el fondo, cuando las cosas funcionan, es el buen pulso de un editor detrás de estas revistas

9. Quiero concluir reiterando tres puntos obvios.

El uno es la necesidad de mantener un idioma apropiado. El lenguaje de los medios de comunicación, incluyendo el de las revistas culturales, se degrada fácilmente. Por una parte, se deja llevar por las tendencias que van vaciando de sentido las palabras al someterlas a una lógica burocrática, en el que las viejas palabras populares se reemplazan por descripciones de procesos abstractos: todo parece parte de un informe académico o institucional. Los viejos vicios retóricos descritos en inglés por George Orwell se han tomado buena parte de las publicaciones universitarias. A esto lo acompaña normalmente un afán presuntuoso por demostrar más competencia de la que se tiene, mediante la adopción apresurada de terminologías seudocientíficas o seudotécnicas. Por supuesto, uno no puede rechazar, como a veces parecía hacerlo Orwell, el uso de un lenguaje técnico preciso, el desarrollo de una terminología que responda con precisión a un campo de conocimiento. Pero la idea contraria, que encuentra sus raíces en Adorno, en Foucault o en Lacan, de que escribir con claridad es dejar que quien no es capaz de entender aparente entender, es absurda, y normalmente es al revés: quienes no logran

expresarse con claridad es porque no han entendido lo que quieren decir. Como decía Montaigne, "al ver como tartamudean en el momento de dar a luz sus ideas, se descubre que el problema no está en el nacimiento sino en la concepción misma de sus ideas. No hacen más que soltar una materia todavía imperfecta" (Montaigne, [Dos ensayos sobre educación](#), p. 34)

El segundo es la necesidad de discutir mucho más. Y de someter el propio producto, lo que publica cada revista, a un debate abierto sobre su calidad y pertinencia. En Colombia se discute muy poco y se insulta mucho. Uno no encuentra un análisis detallado de los argumentos discutibles de algún artículo publicado en *Número*, *Aleph*, la *Revista de la Universidad de Antioquia* o el *Malpensante*: lo que encuentra ocasionalmente –y encontraría más si las revistas tuvieran esos foros electrónicos en los que unos pocos lectores despotrican sin argumentar- es una diatriba contra las intenciones ocultas o los rasgos de personalidad de sus autores o editores. Me parece que a los medios colombianos les hace falta un H. L. Mencken, alguien capaz de criticarlos, incluso de burlarse de ellos, pero tomándolos en serio por lo que son, y no tanto por las supuestas intenciones de escritores o editores.

Y por último, creo que no hay que preocuparse mucho, como lectores o escritores, por el medio o el formato: estamos en una época de transición. Hay mucha gente tratando de averiguar si lo que hay que hacer es publicar en la web o en papel, si debemos seguir publicando cuentos y textos escritos por un autor o lo que hay que hacer es promover comunidades que compartan sus experiencias y elaboren productos colectivos. Aunque creo que hay espacio para todo, me parece que lo que importa es ante todo responder a las necesidades de los lectores, en los puntos en los que las tensiones entre los diversos elementos de la cultura muestran que hay problemas de fondo por resolver. Esto no es claro ni fácil de explicar. Pero me parece que el problema es de contenidos, de productos entregados al lector, y no de paquetes. Las revistas deben dar buenos ensayos, bien fundados, de gente que sabe de que está hablando y tiene la paciencia para documentarse hasta el agotamiento, y que trata de pensar a fondo sus problemas, y textos literarios creativos.

A mí me interesa que me den buenos textos literarios, buenas novelas, ensayos que me sacudan. Si me animo a discutirlos en un foro interactivo, esto me parece derivado y secundario. Y no quisiera que me arrastraran a perder el tiempo en formas de interactividad centradas en artículos flojos, información imprecisa, discusiones gaseosas. Internet produce una inundación de contenidos infinitos, y el problema es cómo llegar a los que tienen la mayor calidad. Muchos lectores podrán entretenerse con algo flojo y anodino, porque es divertido entrar a una conversación de café, sin exigencias de fondo. Esto no tiene nada de malo y es muy popular, pero es otra cosa, y por allí no está el camino para hacer buena literatura y buen debate cultural.

Jorge Orlando Melo

Bogotá, octubre 31 de 2008

Anexo

Los principales suplementos y revistas literarias y culturales de Colombia: una lista cronológica⁴

(Las resaltadas en gris siguen saliendo)

1808-1810: *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, Francisco José de Caldas. 111 números.

1836- : *La Estrella Nacional*. José Joaquín Ortiz, Juan Francisco Ortiz, José Eusebio Caro, Antonio José Caro, 12 números.

1841: *El Cóndor*

1842: *El Granadino*

1846: *El albor literario*. 6 números. José María Rojas Garrido, Próspero Pereira Gamba, José María Samper, Germán Gutiérrez de Piñeres.

1847: *El duende*

1848: *La aurora granadina*

1848- 1857: *El Neogranadino*. Manuel Ancízar. Manuel María Madiedo, Medardo Rivas. Juan Francisco Ortiz. Periódico general, pero con mucho texto literario.

1849: *El Museo*. Santiago Pérez, José Caicedo y Rojas. 5 números

1850: *El Filotémico*

1852: *La Siesta*. Rafael Pombo. 13 números

1856-1857: *El Álbum*. José Joaquín Borda. José Manuel Groot, Ricardo Carrasquilla, José Joaquín Ortiz. 25 números.

1858-1859: *Biblioteca de Señoritas*. Eugenio Díaz, Rafael Pombo, José Caicedo Rojas, José Manuel Marroquín, José David Guarín

1858-1859: *El Porvenir, Semana Literaria*.

1859-1865: 1871-1872: *El Mosaico*: Eugenio Díaz, José María Vergara y Vergara. José David Guarín, Manuel María Madiedo, Ricardo Silva

⁴ Esta lista es una selección de publicaciones culturales. No se mencionan los que comenzaron a salir después de 1998. Los que siguen saliendo se subrayan con fondo gris. Debe completarse la lista de los suplementos literarios, sobre todo con periódicos publicados fuera de Bogotá y Medellín. Del mismo modo, en el siglo XIX no se incluyeron los periódicos generales que publicaban ocasionalmente literatura, con algunas excepciones, por la dificultad de establecer un criterio razonable. Agradezco la información que permita completarla o incluir información más precisa de sus directores y colaboradores.

1866- 1868: *El Iris*. José Joaquín Borda, José David Guarín. 96 números

1868-1869: *La aurora*, Medellín

1868-1870: *El Hogar*: José Joaquín Borda. Rafael Pombo, José María Vergara y Vergara, José María Samper, Gregorio Gutiérrez González. 72 números

1868-1869, 1873: *El Oasis*, Medellín. Isidoro Isaza, Juan José Botero, Agripina Montes del Valle, Gregorio Gutiérrez González, Federico Jaramillo. 52 números

1870-1871: *El Cóndor*. Medellín. Juan C. Aguilar. Juan José Molina, Fidel Cano, Lucrecio Vélez. Epifanio Mejía. 45 números

1871-1872: *Revista de Bogotá*. José María Vergara y Vergara.. Diego Fallan, José Caicedo Rojas, Miguel Antonio Caro. 12 números.

1871: *El Museo Literario*. Manuel María Madieto. 48 números

1872-1875: *El Rocío*. Nicolás Pontón, Bernardino Torres Torrente

1872-1873: *El Álbum*, Medellín. Demetrio Viana. Juan José Molina, Francisco de Paula Muñoz, Rafael Pombo, Manuel Uribe Ángel, Epifanio Mejía. 24 números

1873: *El Eco Literario*. José Joaquín Borda, José María Quijano Otero. José María Samper. 48 números.

1873-1874: *La América. Suplemento Literario*. José María Quijano Otero

1874-1875: *La tarde*, Ignacio Borda, José David Guarín. 48 números

1875- 1876: *El Vergel Colombiano*, Lázaro María Lleras. Isidoro Laverde Amaya, Bernardino Torres Torrente.

1876. *Revista de Antioquia*. Medellín. Camilo Antonio Echeverri, Miguel Uribe Ángel, Demetrio Viana, Lisandro Restrepo. 31 números

1876. *Revista Literaria*. José Joaquín Borda. 2 números.

1877-1884 *El Pasatiempo*. Ignacio Borda. 264 números

1878-1887; 1896-1899: *El repertorio colombiano*. Carlos Martínez Silva. Más político que literario. José María Samper. José Manuel Marroquín, Miguel Antonio Caro. Enrique Álvarez Bonilla, Soledad Acosta de Samper.

1880-1883: *La Pluma*, José David Guarín, José María Pinzón Rico, José María Quijano Otero. 96 números

1881-1888: *El papel periódico ilustrado*. Alberto Urdaneta y Manuel Briceño. 116 números.

1881: *La Golondrina*, Medellín, Juan José Botero. Antonio José Restrepo, Camilo Antonio Echeverri.

1884: *El Liceo Antioqueño*. Lino Ospina y Juan José Molina. Carlos E. Restrepo, Pedro Nel Ospina, Fidel Cano, Baldomero Sanín Cano. 13 números.

1886: *La Siesta*, Antonio José Restrepo, Francisco de Paula Carrasquilla, Juan de Dios Uribe, Gaspar Chaverra, Jorge Isaacs. 14 números.

1886-1890; 1894-1915. *La miscelánea: Revista Literaria y Científica*. Medellín. Juan José Molina; Carlos A. Molina. Carlos E. Restrepo, Lucrecio Vélez, Juan José Botero, Efe Gómez, Manuel Uribe Ángel, Demetrio Viana, Gaspar Chaverra. 48 números en su primera fase, como *Órgano del Liceo Antioqueño* (1886-1890); 145 en la segunda época.

1887-1904: *El Telegrama*. Suplemento "El telegrama del domingo".

1889-1892: *Colombia Ilustrada*. Jose T. Gabrois 24 números

1880-1894: *La Pluma*. José María Quijano Otero. 96 números

1885, *La América*, Santiago Pérez Triana, New York,

1890-1994: *La revista literaria*. Isidoro Laverde Amaya. 56 números
[Comentada en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 27, por Carmen Elisa Acosta P.]

1892-1896: *Revista Gris*. Salomón Ponce Aguilera y Maximiliano Grillo. Baldomero Sanín Cano, Clímaco Soto Borda, Rafael Pombo, Carlos Arturo Torres. [Comentada en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 27, por Rafael Gutiérrez Girardot]

1893: *El Movimiento*, Medellín. Camilo Botero Guerra, Carlos E. Restrepo, Eduardo Zuleta, Jesús del Corral. 83 números.

1912-1916, *Hispania*, Santiago Pérez Triana, Madrid y Londres. 54 números Saturnino Restrepo, Miguel de Unamuno, Tomas O. Eastman

1896-1897: *La Bohemia Alegre*. Medellín. Efe Gómez, Tomás Carrasquilla. Saturnino Restrepo, José Velásquez García.

1896-1897: *El repertorio*. Medellín. Horacio M Rodríguez y Luis de Greiff. Juan José Botero, Alfonso Castro, Eduardo Zuleta, Max Grillo. Ilustrado

1897-1899: *El Rayo X*. Clímaco Soto Borda. 460 ejemplares.

1897: *El Montañés*, Medellín. Gabriel Latorre, Efe Gómez, Mariano Ospina Vásquez. Ilustrado. Tomás Carrasquilla, Gonzalo Vidal, Jesús del Corral, Fidel Cano

1897; 1904-1909: *El Cirirí*. Medellín, Bogotá, Jesús del Corral. 64 números

1898-1899: *Revista Ilustrada*. Pedro Carlos Manrique. Guillermo Valencia, Rafael Pombo, Tomás Carrasquilla, Emilio Bobadilla, Julio Flórez. 17 números.
[Comentada en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 34 de 1996, por Jorge Cadavid]

1901-1902: *La Esfinge*, Arturo Manrique. 58 números.

1902: *Bohemia*. Medellín Antonio María Restrepo (Abel Farina). 6 números

1903- 1915; 1927-1929: *El Nuevo Tiempo Literario*. Ismael Enrique Arciniegas, Carlos Arturo Torres. Rafael Pombo, Eduardo Castillo.

1903: *La Gruta*, Federico Rivas. 23 números. [Comentada en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 27, por Rafael Gutiérrez Girardot]

1903-1905: *Lectura y Arte*, Medellín. Francisco Antonio Cano y Marco Tobón Mejía. Ilustrada. Gabriel Montoya, Santiago Pérez Triana. Existe reedición facsimilar.

1904: *Cancionero Antioqueño*, Medellín, (Porfirio Barba Jacob=Miguel Ángel Osorio) 10 números.

1904: *Lectura Amena*. Luis Cano. Fidel Cano, Camilo Botero Guerra, Epifanio Mejía, José María Vargas Vila, Alfonso Castro. 24 números.

1904-1905: *Revista Contemporánea*. Baldomero Sanín Cano. Saturnino Restrepo. [Comentada en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 27, por Rafael Gutiérrez Girardot]

1905-1910: *La Musa Americana*. Justo Pastor Ríos.

1906-1916: *Alpha*. Mariano Ospina Vásquez, Antonio J. Cano y Luis de Greiff. Tomás Carrasquilla, Saturnino Restrepo, Max Grillo, Luis Carlos López, Baldomero Sanín Cano. 146 números.

1906-1916: *Trofeos*, Víctor M. Londoño, Ismael López, Luis López de Mesa, Eduardo Castillo, Diego Uribe.

1909: *La Revista*, Tomás Rueda Vargas y Eduardo Santos, 6 números

1911-1917: *Letras*, Antonio Álvarez Lleras, Daniel, Jorge y Nicolás Bayona Posada. 60 números

1913-1914: *Correo del Cauca*. Suplemento Literario. Alberto Carvajal.

1914- *El Tiempo*. Suplemento literario. *Lecturas populares*: 1914-1915, 62 números. *Lecturas Dominicales* 1915- Germán Arciniegas, Hernando Téllez, *Suplemento Literario*, 1939-1955: Eduardo Carranza; 1956: *Lecturas Dominicales*. Jaime Posada, Eduardo Mendoza Varela. 2007: *Lecturas*

1915-1917: *La Patria*. Suplemento literario. Armando Solano.

1915-1916: *Revista Moderna*. Emilio Cuervo Márquez. Ismael Enrique Arciniegas, Santiago Pérez Triana, 36 números

1915-1920: *Cultura*. Luis López de Mesa, 36 números.

1915: *El Espectador*: Suplemento Literario. 1915: *La Semana*. Baldomero Sanín Cano, Armando Solano, Clímaco Soto Bordo, José Mar, Ricardo Rendón; 1919: *Sábados Literarios*. Ciro Mendía, Luis Tejada; 1924-1950: *El Espectador Dominical*. Porfirio Barba Jacob, Lino Gil Caramillo, Eduardo Caballero Calderón, Eduardo Zalamea Borda. Lucas Caballero Calderón, Gabriel García Márquez, 1950-2002: *Magazín Dominical*. Guillermo González

1915: *Panida*: León de Greiff, Pepe Mexía. Ricardo Rendón, Francisco Villa López, Fernando González. Existe edición facsimilar

1917-1920: *Voces*. Barranquilla. Julio Gómez de Castro. Ramón Vinyes, Miguel Rasch Isla, Julio Enrique Blanco, 60 números

1919: *Revista Azul*. Juan Lozano y Lozano. 5 números

1921: *Cyrano*, Emilio Montoya. Alfonso Castro, Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, José Restrepo Rivera.

1921-1922: *Sábado*, Medellín. Gabriel Cano, Ciro Mendía, Francisco Villa López, Ricardo Rendón, Eladio Vélez, Pepe Mexía, León de Greiff, Luis Tablanca, Luis Tejada,, José Restrepo Jaramillo. 77 números. Ilustrado, fotografías.

1921-1922; 1927-1929: *Universidad*. Germán Arciniegas. 152 números. Jorge Álvarez Lleras, Luis López de Mesa, Germán Pardo García, Hernando Téllez, León de Greiff, Baldomero Sanín Cano

1923: *El Cuento Semanal*. A contreras. 23 números

1923-1925: *Lectura Breve*, Francisco Villa López. Ciro Mendía, Alfonso Castro, Romualdo Gallego, Gaspar Chaverra, Tomás Carrasquilla. Medellín, 25 números,

1923-1929: *La novela semanal*, Luis Enrique Osorio. 120 números.
[Comentado en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* No 36 de 1994 por Jimena Cuellar]

1925: *Los nuevos*. Felipe Lleras Camargo, Alberto Lleras Camargo. León de Greiff, Rafael Maya, Jorge Zalamea, José Mar. 4 números

1926- 1957: *Letras y Encajes*, Medellín Teresa Santamaría de González. 385 números;

1930: *La Defensa*, Suplemento Literario. Nicolás Bayona Posada, Belisario Betancur (1943-)

1933- *Revista Javeriana*. 742 números

1933- *Vanguardia*. Suplemento Literario. Tomás Vargas Osorio.

1935- *Universidad de Antioquia*. Alfonso Mora Naranjo. 283 números. Tuvo como antecedente los *Anales de la Universidad de Antioquia*, 1883; 1925-1934. [Comentada por Santiago Londoño en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 18 de 1989]

1935- *Diario Nacional*, Suplemento Márgenes. Dario Achury Valenzuela. León de Greiff, Eduardo Zalamea Borda.

1936-1954, *Vida*. Alberto Mejía Botero. 64 números.

1936. *El Siglo*. Suplemento Literario: *Páginas Literarias*, Laureano Gómez; Álvaro Gómez Hurtado; Bernardo Ramírez (1958-59). Hernando Valencia Goelkel, *Vanguardia*: María Mercedes Carranza

1938-1940: *Revista Pan*, Cali. Enrique Uribe White. 36 números [Analizada por Dora Ramírez en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 18 de 1989]

1938-1945: *Antioquia*: Fernando González. 17 números.

1938-1951: *Revista de las Indias*. Arcadio Dulcey, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, León de Greiff. 117 números. [Analizada por Manuel Restrepo en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* No 23 de 1990]

1939: *El Colombiano*. Suplemento Literario (Generación, 1939-1942. Carlos Castro Saavedra, Eduardo Carranza, Edgar Poe Restrepo; Suplemento Literario, 1944.1954, El Colombiano Literario 1954-1967; El Colombiano Dominical 1967-1979; Suplemento Dominical, 1979-1994?; Generación

1940-2003: *Manizales: revista literaria mensual*. Blanca Isaza de Jaramillo Meza, J. B. Jaramillo Meza. 724 números

1943: *Sábado*. Armando Solano, Plinio Apuleyo Mendoza. Rafael Maya, Eduardo Caballero Calderón, Hernando Téllez, Luis Enrique Osorio, Arturo Camacho Ramírez.

1944-1947: *Cántico*. Jaime Ibáñez, 13 números

1944-1956: *Revista de la Universidad Nacional de Colombia*. Gerardo Molina y Fernando Charry Lara. Jaime Ibáñez. 22 números. Tuvo como antecedente los *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia*, 1868-1880; convertidos en *Anales de la Instrucción Pública*, 1880-. Recomenzó en 1968 (UN, revista de extensión cultural: Eugenio Barney Cabrera) y en 1985 (*Revista de la Universidad Nacional*, Rubén Sierra Mejía, otra vez desde el número 1). Dejó de salir en 1992. [Comentada en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* no 23, de 1990, por Claudia Cadena.]

1944-1975: *Espiral*, (Colombia), Clemente Airó. 136 números

1945-1952; 1955-1958: *Revista de América*. Germán Arciniegas y Eduardo Santos. 88 números

1946. *El Liberal*, Suplemento "Nuestro Tiempo". Lucio Duzán, Fernando Charry Lara.

1948-1951: *Crítica*, Jorge Zalamea. 67 números. [Comentada en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* No 18, 1989 por Oscar Torres]

1951: *Crónica*. Barranquilla, Alfonso Fuenmayor. Gabriel García Márquez.

1951-1963: *Bolívar*. Rafael Maya. Reemplazó la Revista de Indias. 62 números

1952-1957: *El Cuento*, Medellín

1952- 1999: *Lámpara*, (Intercol-Esso) 136 números. Juan Mattos, Alvaro Mutis, Gonzalo Mallarino.

1955-1962: *Mito*. Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Pedro Gómez Valderrama, Hernando Valencia Goelkel, Jorge Eliécer Ruiz 62 números [Comentada en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* No 18, 1989, por Rafael Humberto Moreno Durán]

1953-1965, *Cuadernos*, Paris, Germán Arciniegas. 100 números

1955-1957: *Prometeo*. Belisario Betancur y Diego Tovar Concha, 23 números

1955- *Sino*. Cornelio Reyes y Mario Montoya. 4 números. No en LAA. BN

1960-1984: *Eco: revista de la cultura de occidente*. Karl Buchholz, Hernando Valencia Goelkel y José María Castellet, Ernesto Volkening, Nicolás Suescún, Juan Gustavo Cobo. 272 números, [Comentada por J. E. Jaramillo Zuluaga, en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* No 18, 1989]

1961-1973: *Libros Colombianos*, Cámara Colombiana del Libro

1965- 1985: *Letras Nacionales*, Manuel Zapata Olivella- 42 números

1966- *Aleph*. Carlos Enrique Ruiz. 145 números.

1967-1979: *Razón y Fábula*, Universidad de los Andes, 46 números., Seguida por *Correo de los Andes*, 1979-1989, Germán Arciniegas, 58 números.

1973-1982: *Acuarimántima*, (Colombia), 33 números

1973-: *Golpe de Dados*, Mario Rivero 212 números

1973- :*Puesto de Combate*, Guillermo Alberto Arévalo, 72 números

1974-1979: *Cuadernos Colombianos*, Mario Arrubla y Jorge Orlando Melo, 12 números

1975-1976: *Estravagario*, suplemento literario de *El Pueblo*. Fernando Garavito. María Mercedes Carranza, Daniel Samper. 67 números.

1975-1991: *Pluma*, Jorge Valencia Jaramillo, 66 números

1977-1983: *Libros: gaceta de información bibliográfica*, Jorge Posada, Mario Arrubla. 42 números-

1977-1987; *El Café Literario*, Néstor Madrid Malo. 51 números

1979- , *Punto Seguido*, Medellín, John Sossa, 47 números

1981-2007: *Úlrika*, Rafael del Castillo. 40 números

1981-1996: *Argumentos*, Rubén Jaramillo Vélez, 34 números.

1982: *Pequeño periódico*, Magangué, 77 números.

1984- : *Prometeo*. Fernando Rendón) 82 numeros

1985-2002: *Gaceta*. Colcultura y Ministerio de Cultura. 49 números

1987-: *Libros y Letras* Jorge Consuegra, 80 números.

1988-2005: *Revista Casa Silva*, María Mercedes Carranza, 18 números

1988: *Común Presencia*, 17 números

1990-2005: *Babel*, Victor Bustamante, Medellín, 7 números

1989-2005. *Revista Tunel*, Montería José Luis Garcés, 34 números

1989-2002 *Hojas de Lectura*, Fundalectura, 59 números

1993-: *Número*, Guillermo González, 57 números

1996-: *El malpensante*. Andrés Hoyos. 91 números

2004-2007: *Pie de página*, Moisés Melo, 12 números